

en concursos de recitación y de canto y en certámenes de agilidad y de fuerza, con premios de laurel á los vencedores. De este modo, desde temprano, una noble emulación mantenía las facultades del hombre en ese estado fecundo de juvenil entusiasmo, de alegre impaciencia, que encontrando infinitas delicias en la actividad, hace de la lucha misma, y no del resultado de la lucha, el objeto perenne de la vida; y la Gloria, esa divina injuriada que los pueblos enfermos creen vana como el humo y pérvida como la mujer, porque en sus corazones no hay lumbre ni amor, en Grecia inspiraba, fiel y justiciera, las grandes acciones de la voluntad y las altas obras de la inteligencia.

Esta educación literaria, musical y plástica continuaba para el efebo fuera de la escuela y de la palestra. En todos los actos de la vida pública, hasta en los más serios, el griego puso su sonrisa, su gracia, su gusto. El año heleno era una sucesión de ceremonias patrióticas y religiosas, mejor dicho, era una fiesta perpetua en que los sentimientos de religión y de patria, exaltados y adornados por el arte, cantaban en la lira de Píndaro: «Athenas, ciudad brillante, inmortal, coronada de violetas . . . » Oid este coro que nos enseña más que todas las descripciones que de las fiestas áticas han hecho los eruditos; es un coro que cantaban las «Nubes» de Aristophanes en el teatro: «Virgenes dispensadoras de las lluvias, vamos hacia la tierra fecunda de Pallas, miremos el reino de Kékrops,

rico en grandes hombres y mil veces amado. Allí encontraremos el culto de las iniciaciones sagradas, el santuario místico de las ceremonias santas, las ofrendas á las divinidades celestes, los templos magníficos y las estatuas, las procesiones tres veces santas de los bienaventurados, las víctimas que, coronadas, se inmolan á los dioses; los festines en todas las estaciones; y, en la primavera, la fiesta de Bromios, los cantos melódicos de los coros y la música de las flautas tremulantes.» Ya se comprende que este contacto constante de los hombres, esta comunión activa en la *res publica*, desarrolló en los griegos de una manera extraordinaria la sociabilidad, y con ella, la tolerancia, que es la flor más fina del jardín humano. El ateniense era naturalmente expansivo y amable, gustaba de la amistad y de la conversación; á la sombra de los olivos de la Academia discurría con palabra escogida y clara, oyendo cantar las cigarras del estío y llevando él mismo, como un símbolo, una cigarra de oro en sus cabellos ensortijados.

Por último, la instrucción elemental era obligatoria en el Atica. Los campesinos y los rústicos que en la comedia asomaban sus groseras máscaras pintoreadas, sabían leer y escribir. Por centenares se contaban los maestros. El Estado no tuvo necesidad de abrir escuelas oficiales. Sólo en un caso se encargaba directamente de la educación de los niños, cuando éstos eran huérfanos de padres que habían muerto

por la patria. En tiempo de Perikles puede decirse que no había un solo analfabeta en Athenas.

«Así se explica, dice Paul Girard, el gusto de los athenienses por la poesía. El poeta, en Athenas, no habla, como entre nosotros, para los selectos: no se eleva sobre el vulgo, comprendido tan sólo de los letrados. Se dirige á todos y todos saben gustarle, porque en todos despierta antiguos recuerdos. En esta sociedad nutrida con leyendas, las leyendas cantadas por la poesía encuentran un eco natural, y si el hombre maduro sigue con pasión las peripecias de los dramas que ve en la escena, si penetra sin esfuerzo en la invención del poeta, es porque los relatos que constituyen el fondo de esos dramas lo han encantado en su edad juvenil, y porque junto á la vida positiva él mismo se ha formado otra vida, toda de ideal, á la que se transporta sin trabajo alguno, por poco que se solicite su imaginación.»*

* Obra citada, pág. 81.

III

Este era, señores, el público que asistía al teatro; esta era la sociedad cuya imagen recogió y reflejó el arte trágico, con la fidelidad de un espejo. En todo atheniense del siglo V había un coreógrafo, un escenógrafo, un poeta y un músico. Los grandes trágicos de Athenas fueron todo eso, en el grado más ó menos alto en que las individualidades geniales condensan, representan y expresan el genio de su raza y de su tiempo. Para tal público, tales poetas.

Los tres gloriosos hijos espirituales de Dyonisos representaron la rapidísima evolución de la Atica en sus tres momentos culminantes: la lucha heroica, la prosperidad plena y el inquieto decaer. Sus edades se escalonan como las de tres hermanos: Eskylo, á los cuarenta y cinco años ensangrentó con sangre de sus heridas los laureles de los concursos dyonisiacos, combatiendo en Salamina sobre las galeras heroicas de Themistokles; Sóphokles, apenas efebo, blanco y desnudo como Apolo, danzó y cantó el peán en la playa frente al trofeo de la victoria; y Eurípides dió el primer grito de la vida en una pobre cabaña del interior de la isla cuando las naves chocaban en el mar sus espolones enemigos.

Eskylo es el viejo ático, aristócrata y religioso. Descendía de la generación que levantó en el Agora un monumento á los Tiranicidas; y fué iniciado en los misterios de Eleusis, en el culto pacificador y purificador de la *Mater Dolorosa*, de la transparente Demeter. Su espíritu se formó con ejemplos severos y con prácticas augustas. Atrevido y grandioso era el arco de su cabeza; meridiana la claridad de sus pupilas; y, como la gruta de bronce de la Pythia, resonantes y proféticos sus labios. En los momentos crueles del peligro persa, cuando Athenas necesitaba de mucha fe y de mucho valor en sus hijos, encontró en Eskylo un creyente y un héroe. Fué, dice una historia que parece canto de errante aeda, uno de los hoplitas que, en Marathón, después de peinar y trenzar sus cabelleras, como para una fiesta, se lanzaron á paso veloz, cantando estrofas guerreras, sobre las pesadas falanges de los bárbaros; y haciendo vivir, á fuerza de entusiasmo y de bravura, una sangrienta Rapsodia de La Iliada, desbarataron al enemigo y lo arrojaron hasta la orilla del mar, en donde un hermano del poeta, Cynegiro, murió homéricamente aferrando una galera persa con las manos, y, cortadas éstas, con los dientes, hasta que un segundo tajo hizo rodar su cabeza sobre las olas. Murió á los setenta años, al parecer desterrado, en Sicilia, en el ardiente y trepidante país de los Cíclopes, oyendo los rugidos del Titán que se sacude bajo la mole del Etna. Compuso para su

tumba este epitafio: «Esta piedra cubre á Eskylo, hijo de Euphorión. Nacido en Athenas, duerme en las féculdas planicies de Gela. El bosque sagrado de Marathón y el Meda de flotante cabellera dirán si fué valiente: bien lo vieron!» Así nos lo revela su obra, su colosal obra trágica: hondo, alto, pomposo. Con médula de su alma formó personajes «altos de cuatro codos, respirando lanzas y flechas, cascos de penacho refulgente, escudos forrados de siete cueros de buey.» Su musa «celebró las virtudes heroicas de los Patroklos y de los Teukros corazones de león, á fin de contagiar con su ejemplo á los ciudadanos, apenas oyeran la trompeta.» Inventó palabras de sonoridades inauditas, de nunca vistos reflejos; construyó frases fuertes, compactas y bandera al viento, como ejércitos en marcha, y «llenó de almenas las alturas del lenguaje.»* Decoró la escena con magnificencias dignas del Olimpo; en su Coro cantó como cantan el mar, el misterio, el dolor, la anunciación . . . , y tan alto levantó á la Humanidad sobre los coturnos trágicos, que la envidia de los Dioses la corona con una diadema de rayos. Como el árbol para erguirse frondoso necesita encajar sus raíces en las profundidades de la tierra, el poeta sólo alcanza el ideal cuando es verdaderamente humano, cuando tiene prendidas sus fibras en el corazón vivo y nutricio de los hombres. Por hu-

* Frases tomadas de *Las Ranas* de Aristophanes.

mano y por ideal, Eskylo es el trágico heleno que mayor fascinación ejerce sobre el filósofo y sobre el poeta.

Eurípides —¡oh, pobre é inquieto y amargo Eurípides!— es el ático decadente. La vida le dió todas las amarguras que enferman, las del amor, las de la filosofía, las del arte. A falta de una, tuvo dos mujeres infieles; quiso, se dice, ser atleta y dibujante; bebió veneno intelectual en los *filosofaderos* de Athenas; fué raras veces coronado en los concursos trágicos; y la leyenda, cruel leyenda, charlaba que había muerto en tierra extraña devorado, como Acteón, por los perros feroces de las montañas del Epiro. ¿Qué de extraño tiene que haya sido, como lo llama Croiset, «un destructor de ilusiones?» ¿qué de extraño tiene que haya sido, como dice Benjamín Constant en un admirable anacronismo, «un volteriano?» Por eso introdujo en el teatro «el razonamiento, la argucia, la reflexión; y, con la vida íntima, las rufianas, las hermanas incestuosas, las Phedras impúdicas,» en fin, personajes con úlceras y en andrajos. Pero por eso mismo, por doloroso y por pesimista, es el más interesante para el psicólogo. «Se asemeja, escribe Paul de Saint-Victor, á Pédaso, el tercer caballo del carro de Aquiles, que no era de sangre divina como los otros dos, Xantos y Balios; pero que, dice Homero, seguía, sin embargo, á los corceles inmortales.»*

* Les Deux Masques.

Entre estos dos genios extremos está Sóphokles. *Entramos en la Belleza.* Es el Heleno perfecto, el ático por excelencia; es la razón limpia, la imaginación pura y el sentimiento exquisito de Athenas, en la breve é incomparable mañana de su gloria. Es el poeta eminentemente nacional.—Athenas, después de las guerras médicas, sintió crecer su alma; se exaltaron sus facultades, esas admirables facultades de prudencia en la disciplina y de audacia en la acción, de que había dado tantas pruebas para poder salvar á la Grecia; y logró consolidar su *imperialismo*, como hoy se dice, su *hegemonía*, como más bellamente se decía entonces, poniéndose al frente de la confederación de Delos, y guiada por el infalible genio de Perikles. Centro político y comercial del mundo griego, respetada y rica, fué también el foco del arte. Con el dinero de los aliados se atavió de templos y de estatuas; y atrayendo, magnética, á los filósofos, á los sabios y á los poetas, pronunció las palabras eternas que nos hacen vivir todavía. En las alturas del Akrópolis consagró el más bello de sus templos, el Parthenón, á Pallas tutelar, guerrera y omniscia. Y semejante al Parthenón fué la elocuencia del Dictador Olímpico envuelto, como una estatua, en los mármóreos pliegues de su manto, porque sus frases viriles y nobles, semejantes á columnas dóricas, encerraban, en pie y armada, una diosa, la verdad, blanca y vestida de oro y pedrerías como la que, dentro de la *Cella*, en el co-

razón del templo, habían pulido en el marfil las manos mágicas de Phidias. Y Sóphokles hizo vibrar en los labios de esta Virgen de marfil y de oro el Verso infinito de los espacios celestes.—Toda la vida del poeta fué canto y ambrosía. Tuvo de seguro una nodriza de lenguaje immaculado, como las recomendaba Crysipo, que le murmuró muchas dulzuras en los oídos. Era afable, cordial y piadoso: puso constancia y alegría en sus amistades, calor y luz en sus amores, tranquilidad y esperanza en su culto. Bello como un dios, en los banquetes coronaba su cabellera rubia de violetas y desataba á la ironía su lengua elocuente. Era de los primeros en el gimnasio, y no tenía rival cuando, como un Musageta, cantaba acompañándose con la lira. A los veintiocho años obtuvo su primera victoria en los concursos trágicos, compitiendo con el viejo Eskylo. Oid cómo la relata Plutarco: «El auditorio estaba dividido; los partidarios de los dos rivales estaban á punto de llegar á las manos. El arconte Aphepsion no se atrevía á sacar en suerte, según el uso, los nombres de los cinco jueces. Cimón, cubierto de gloria por uno de sus recientes triunfos (había pacificado los mares de la Grecia y acababa de traer á Athenas los huesos de Theseo), llega al teatro con sus nueve lugartenientes. Apenas hicieron á los dioses su libación habitual, el arconte, súbitamente inspirado, ordenó á esos diez jueces que designasen al vencedor: nombraron á Sóphokles. El auditorio, emo-

cionado, respetó el veredicto de los generales victoriosos, y el lustre del juicio hizo callar los celos y las rivalidades. Al día siguiente Eskylo, humillado, partió para Siracusa . . . »* Era la juventud que triunfaba; era la poesía verdadera de Athenas. La Diosa de Phidias no podía hablar de otra manera. Eskylo, con sus concepciones profundas y misteriosas, con su música solemne y fatídica, con sus grupos trágicos monumentales y arcaicos, y con su decoración escénica abigarrada y pomposa, fatigaba el espíritu de los athenienses, tan amante de la claridad, de la precisión y del buen gusto. En el genio de Sóphokles se reposaron con beatitud. Él dió á los diversos elementos de la tragedia sus proporciones justas y su tranquilo equilibrio; la epopeya, el lirismo, el drama, todo armoniza en su obra de arte con tal medida, en una gradación de planos y de tonos tan fina y tan suave, que produce el éxtasis de la belleza definitiva y eterna. Sus héroes no son ya las gigantescas víctimas del Destino inexorable que atraviesan el teatro empujados por la mano de un dios, seres primitivos en quienes el acto realiza con terrible violencia las imágenes alucinantes; sino los bellos y nobles tipos de una humanidad superior, conscientes de sus determinaciones, que llevan su destino en sus actos mismos, y que revelan en la lucha la grandeza del alma depurada

* Vida de Cimón.

por el amor y por el dolor. Su coro no es ya ese personaje multánime, activo, sugestionador, preponderante, que cubre la tragedia con un inmenso concierto de voces; sino una especie de *espectador ideal* de la acción que recoge en su espíritu las diferentes impresiones del drama y las expresa, purificadas con la música, en la pastoral jubilosa, en el himno grave y en la plegaria ardiente. Su estilo no es ya esa expresión torturada y ampulosa, oscura y relampagueante de la tragedia titánica; es límpido, diáfano; es el sol de Athenas; y el sol de Athenas, «penetra todo sin choque y sin resistencia, inunda de luz los objetos, pero baña sus contornos voluptuosamente, lo mismo que las olas de su golfo van á unirse con dulzura á las riberas doradas de Phalera.» Harmonía justa del pensamiento y de la expresión, la lengua de Sóphokles es semejante á esos peplos de mármol cuyos pliegues, en vez de ocultar, transparentan en todo su esplendor la forma serena de la estatua. Toda poesía es turbia y amarga al lado de la suya tan cristalina y tan dulce. Junto á él, Eskylo parece un bárbaro pomposo y Eurípides un impostor pedante. Fué el que más premios obtuvo en los certámenes dyonisiacos. Solamente una ocasión un arconte se negó á aceptarle una tragedia; el señor de La Harpe, que sabe el hecho, aplaude; y esto prueba, según Pitágoras, que las almas de los seres inferiores también transmigran.— Murió cubierto de gloria, á los noventa años, como su

viejo Edipo, «sin gemidos y sin dolores;» y la leyenda contaba que, recitando los coros de su poema preferido, Antígona, y fijas las sonrientes pupilas en el oro de un ocaso de transfiguración, se le había apagado la voz y se le había caído la lira de las manos En su tumba grabó el cincel una sirena. Athenas le erigió un santuario y le consagró culto.

IV

Ahora, señores, vamos al teatro; y pues el tiempo es esclavo de nuestro albedrío, elijamos, para dar muestras de gusto ático, la mañana del mes de Elaphebolión —Abril decimos ahora— del año 440 antes de Jesucristo, en que se representó la Antígona de Sóphokles.

En esa época de primavera, luminosa y dulce, las olas propicias del Mediterráneo conducían al Pireo los enjambres de las barcas en que los aliados y los mercaderes llevaban á la Ática las riquezas y los artefactos del mundo conocido; y Athenas, gloriosa y pródiga, como una reina bajo el dosel del cielo, hospedaba en su recinto de mármoles á la muchedumbre que del continente y de las islas acudía, al llamamiento de la flauta sonora y de las danzas líricas del coro, á presenciar los concursos anuales de la tragedia celebrados por la ciudad en honor de Dionisos, el dios ardiente y patético que cubría sus formas femeniles con la velluda nébrida, ceñía su cabeza con la mitra oriental, y personificaba, en innumerables leyendas de pasión y de triunfo, los rigores del invierno que marchita las vides y las exuberancias de la primavera

que las arquea con el peso de los racimos. Todo contribuía al esplendor de la fiesta, de la *grande Dyonisia*: los nombres de los poetas, la fama de los actores, la munificencia de los *coregas* —ciudadanos ricos de las tribus, que tenían, elegidos por sorteo, la obligación de organizar y equipar los coros— y los premios que el Estado otorgaba á los favorecidos del dios trágico. Perikles, político sagaz y artista amable, repartía del fondo del tesoro destinado á las fiestas públicas, dos óbolos á cada uno de los ciudadanos para que todo el mundo tuviera acceso al teatro. Esta no es una democracia, decía Platón, es una *teatrocracia*.

La calle de los *Tripies* —así llamada por los monumentos que, con esa forma, levantaban los coregas para inscribir en ellos sus nombres junto á los de los poetas victoriosos, la fecha del triunfo y el título de la tragedia— conducía al Teatro de Dionisos. Situado al pie del Akropolis, era magnífico; no porque tuviera los ornamentos artificiales de una arquitectura suntuosa, sino porque la naturaleza sencilla y clemente le daba toda la majestad de sus líneas y todo el encanto de sus paisajes. Se formó en torno del altar del dios, en el sitio tradicional en que las turbulentas bandas de coristas, coronándose las frentes de pámpanos y embadurnándose las caras con las heces del vino, á semejanza de los sátiros, habían cantado y bailado los primeros coros circulares, los *dilhyrambos*, respondiendo con refranes de fogosas melodías al improvi-

sador ó al poeta que, sobre un estrado, declamaba, en estrofas vehementes, las aventuras trágicas de Dyonisos. El coro, aunque cambió por completo de naturaleza en la tragedia clásica, conservó siempre su sitio primitivo, evolucionando sobre una plataforma alrededor del altar. Esta plataforma se llamaba la *orquesta*. Sabido es que los precursores de Eskylo transformaron el dithyrambo dyonisiaco en dithyrambo heroico,* y gracias á una invención tan sencilla cuanto genial, convirtieron al recitador de la vida del dios en un verdadero actor que representaba, cambiando máscaras, diferentes personajes de la leyenda épica. Para este efecto, el estrado primitivo bastaba; la tragedia no era todavía sino una serie de monólogos y cantos corales. Pero cuando Eskylo introdujo un segundo actor, creando el diálogo, que es el alma misma del elemento dramático, se construyó, frente á la orquesta, el *proscenio*, caracterizándose y definiéndose de esa manera los dos órganos principales del teatro griego, el del lirismo y el del drama. El proscenio fué siempre estrecho, de poco fondo, debido, por una parte, al pequeño número de actores —nunca pasaron de tres,— y por otra, á las necesidades de la

* Me refiero tan sólo á Athenas, pues en otras ciudades de la Grecia, como Corinto, Sicyona, Naxos, la misma transformación tuvo lugar, pero sin que llegara á desarrollarse la forma verdaderamente trágica.

perspectiva. Agrupados en la misma línea horizontal y agigantados por altos coturnos, por anchos petos, por enormes máscaras y por mantos talaes de pliegues mórbidos, los actores, á distancia, parecían figuras de bajo relieve. Y como los espectáculos trágicos habían adquirido desde sus comienzos esplendor y renombre, se construyó frente á la escena, siguiendo la curva de la orquesta y aprovechando la inclinación de la colina, una serie de graderías ascendentes, talladas en la piedra, formando un inmenso hemiciclo que podía contener diez mil espectadores. El sacerdote de Dyonisos tenía una curul de honor, un sillón de mármol con dos sátiros danzantes labrados en el respaldo. El arconte presidía. La naturaleza y la imaginación proporcionaban todo lo demás: por techumbre, el cielo en que habían volado con sus fuertes alas de victoria las Odas de Pindaro; como decoración, las montañas azules y los bosques de laureles y de mirtos frecuentados por Harmonía, «la de los bucles de oro,» y allá, á lo lejos, evocando la batalla y la gloria, la fimbria palpitante del mar de Salamina.

(Será preciso decir, ¡oh, críticos! que no se representa lo mismo sin máscara que con máscara, á la luz de los focos eléctricos que bajo los rayos del sol, en un salón cerrado que en un anfiteatro abierto?).

Conocéis el sencillo episodio de la leyenda tebana que sirve de núcleo á la tragedia de Sóphokles. Los dos hijos de Edipo caen al pie de los muros de The-